



## SOCIOLOGIA

## Sección española.

## EL INDIVIDUO Y EL ESTADO

## II

El espíritu nivelador, antitradicional, revolucionario, centralista, de atomística trituración, receloso de toda desigualdad y jerarquía, contrario á toda diferenciación social, no nació con el liberalismo moderno, contra lo que pretende la ceguedad sectaria. Sólo que ese movimiento se verificaba entonces en la esfera política, arrancando lentamente uno por uno todos los privilegios de las diversas clases y cuerpos en dicha esfera, sin penetrar apenas en el orden puramente social; hasta el punto de que, según nota un escritor, al paso que destruía las ventajas de la nobleza, borrando la desigualdad *política*, pugnaba por reforzarla en lo *civil*, con la institución de los mayorazgos, verdaderamente inútil para mantener una aristocracia (á la cual no se había dejado otras funciones que las irrisorias de la servidumbre palatina) y que, en cierto modo, hasta debía concluir con ella, por la continua progresión de la facultad de vincular. Aplicar ahora á esta esfera civil la acción niveladora de la monarquía en lo político, y á la vez completar la evolución en este otro orden, desamortizando el poder y llamando á su participación á todos los nuevos intereses, creados sobre las ruínas de los privilegios antiguos: tal es la obra con que el liberalismo moderno completa la del antiguo régimen. En su primera época, no emprendió, sin embargo, la emancipación de la actividad privada respecto del Estado. De ello da fiel ejemplo la Revolución francesa, su más eminente expresión, y que, á pesar de los principios del 89, en nada procuró restringir el poder del Estado; antes, lo extendió desmesuradamente.

Sin duda, espíritus previsores daban de vez en cuando la voz de alarma; pero estas advertencias, señal del poder de la individualidad en todos tiempos, pasaban tan desatendidas, que un publicista ha podido notar la inutilidad del *Ensayo* de Humboldt (1). Fué menester que el socialismo, legítimo heredero de las tendencias hasta entonces dueñas del Estado, amenazase con sacar de ellas algunas consecuencias rigurosas, pero á la vez contrarias á la organización social existente, sobre todo en el orden

(1) El gran valor del libro de Guillermo de Humboldt (*Ensayo para determinar los límites de la actividad del Estado*) no ha sido reconocido, en efecto, hasta mediados de este siglo, con ocasión de la polémica socialista.



económico, para que se llevase la atención al problema del fin y actividad de las instituciones políticas. A ello contribuyó poderosamente el movimiento de 1848.

Entró con él el liberalismo en un nuevo período de su evolución, en el cual las tendencias emancipadoras, una vez destruidas, al menos en sus más graves consecuencias prácticas, los antiguos obstáculos al espontáneo ejercicio de la actividad individual, vuelven ahora contra el Estado mismo para discutir y limitar la esfera de sus atribuciones. Así, á la fase en que destruye los privilegios sociales, sucede otra en que ataca el despotismo del Estado; recordándole al cabo la experiencia lo insuficiente de aquella doctrina de Rousseau, según la cual, una vez organizado el Gobierno de modo que sirva de órgano á la voluntad general, ya no se necesita otra regla objetiva para asegurar el imperio de la justicia y la armonía de los intereses.

Sin tener esto en cuenta, no es fácil comprender cómo el problema del fin y competencia de dicha institución aparece—en Stahl, como en Stuart Mill; en Tocqueville, como en Balmes; en Odilon Barrot, como en Molinari; en Benjamín Constant, como en Proudhon—en la forma negativa y dualista del límite entre su actividad y la del individuo. Ni sería más llano explicarse el afán con que el liberalismo acomete la obra de restringir la esfera de un poder al que tanto debía, ni la génesis de la idea, hoy aún dominante, de que la acción del individuo y la del Estado crecen en razón inversa: idea que, por respecto á la vida civil corresponde á la de la antítesis entre la libertad y la autoridad en la política, y que como ésta, tiene su raíz en la de la libertad y la ley en el derecho; la cual, á su vez, se funda en aquella concepción metafísica que, suponiendo incompatibles necesidad y libertad, hace consistir la segunda en la mera indiferencia para someterse ó no á la regla, que reputa yugo y servidumbre. Pues en todo ello, según esa doctrina, tanto ganan la necesidad, la ley, el poder, el Estado, cuanto en el orden universal, el civil, el político, la libertad del hombre pierde.

#### HISTORIA

Realmente y en su aspecto general, el problema era nuevo. En la Grecia antigua, el Estado representaba el fin supremo de la vida humana, al que todo venía á refluir: religión, arte, ciencia. No en verdad, á la manera absorbente del despotismo burocrático que debemos á las modernas monarquías absolutas y que ha aspirado á convertir estos órdenes en otras tantas «ramas de la administración»; sino en cuanto, para la libre acción del espíritu, cada uno de ellos era como el desplegamiento de una función esencial del todo político, de la ciudad, de la corporación pública, que constituía el único organismo de aquellas sociedades.

Por donde debía ser la más alta dignidad para el hombre la de ciudadano, la de miembro vivo de la comunidad, que mediante su cooperación perseguía y lograba sus fines. No es ahora lugar propio para discutir el verdadero sentido de aquella concepción orgánica, merced á la cual toda actividad era justamente considerada como una función social, cuyo ejercicio interesaba al prócomún, sin haber venido á declinar por esto en restricciones, leyes, ordenanzas y reglamentos, como los que después ha conocido la historia; trabas que, sólo por excepción, como en el triste proceso de Sócrates, se sintieron en la Grecia libre—libre, para el ciudadano.—Pero según aquel espíritu, el problema de una distinción entre la acción del Estado y la del individuo, con sus recíprocos límites, era imposible; la oposición entre ambos términos era sólo la del todo



á la parte, la del cuerpo á sus miembros, cuyo principio y fin radicaba en aquél únicamente.

En Roma, deben distinguirse dos períodos. En el primero, prevalece un sentido análogo al del Estado griego, al cual se subordina siempre la vida civil, que nunca, sin embargo, fué después más libre. En el segundo, en el imperio, la acción demoleadora del Estado, que disuelve todos los vínculos, parece emancipar la vida civil de la política, declarando cosas privadas la familia, el testamento, el contrato; pero, en realidad, la absorción es mayor que antes, aunque la idea antigua impidiese discutir la legitimidad de esta absorción. Allí acontece algo de lo que pasa en el absolutismo moderno: también se va emancipando el individuo de los vínculos corporativos, que se disuelven gradualmente, para dejar más amplia acción á su libre iniciativa; y el proceso de esa emancipación es precisamente el de la creación del derecho civil, en el sentido que los modernos dan á la palabra. Mas ni esto acontece sino en el derecho llamado por Savigny «de bienes», ni alcanza á suscitar cuestión alguna sobre los límites del Estado.

FRANCISCO GINER.

(Continuará.)

## Sección del Exterior

### NUEVA TEORÍA SOBRE EL GENIO

#### III

No hay raza inferior en la totalidad de sus miembros. La raza sólo es una solución en la cual se declaran algunas cristalizaciones de genio. Para hacer conquistas biológicas, frecuentemente dudosas, la sociedad sostiene un ejército de organismos, y la labor muchas veces resulta estéril. Estos son «los gastos menudos de la producción».

Las sociedades deben permitirse el lujo de sostener millares de hombres y mujeres de la clase dominante, habitualmente inútiles, dados al placer y al libertinaje, porque se desconoce otro medio más racional de producir algunos hombres de genio. Hemos indicado antes el lazo antropológico del genio y de la raza: las cualidades de esta última, dispersas por la división del trabajo y por el cruzamiento desordenado, se reúnen en un individuo.

Réstanos ahora estudiar la causa psicológica que existe entre ellos, y que hace que el uno sea solitario y fiero, y el otro sociable y tranquilo.

¿Por qué la Naturaleza exige el egoísmo del genio como un foco de creación biológica y psicológica? Figurémonos un león, al cual se hubiesen cortado las uñas y arrancado los dientes: será como un humilde cordero, bueno para entretener á los niños, y nosotros quisiéramos que continuara siendo el rey de los animales. Pues bien, ¿es en esto en lo que consiste la cultura social? ¿Y es la cultura social quien tiende á separar y extirpar el egoísmo del genio? En estas condiciones se pueden transformar bonitos caballos en miserables rocines, y amainar los lobos y apacentar en común con los carneros.



La cultura social debe producir estas consecuencias. Púedese calcular lo que sería con este régimen el progreso biológico y la creación psicológica, ligados íntimamente. ¿Tenemos el derecho de refrenar las cualidades sobresalientes del genio? ¿Podemos transformar el genio de tal manera que la cultura social vea en él su prototipo?

Si los hombres de genio no fueran egoístas de sí mismos, habrían desaparecido bajo la presión de la masa.

No quiere esto decir que en la soledad y recogimiento puedan madurar los frutos de su espíritu. En verdad, las vías tortuosas por las cuales la Naturaleza tiende hacia sus fines, son todavía muy misteriosas. Cuando el genio se encuentra en la llamada locura destructora, mirado de cerca se nota, por el contrario, que ha cumplido su misión creadora.

Esto, que a primera vista parece destrucción, es en el fondo una gran obra intelectual, moral, estética ó biológica. Crear de nuevo, es destruir lo viejo. Los más grandes reformadores de ética, cuyo pensamiento es ahora divinizado, fueron considerados por sus contemporáneos como destructores inmorales. La sociedad descansa sobre las hogueras de los pensadores, *cuyos sistemas reinan actualmente en la ciencia moderna*. Y cuando el hombre de genio pasea por el mundo su locura amorosa, contraria á todos los preceptos del buen sentido y de la moral reinante, deja de trabajar para sus contemporáneos, pero no para los hombres futuros, que también tendrán sus genios que trabajarán para otras edades.

Toda la música moderna ha sido creada por 240 personas (1), comprendidos todos los maestros. Si sólo se contase á los compositores, no pasaría el número de un centenar. Comparemos este pequeño grupo de talentos creadores con los miles de personas que se han ocupado de música desde la Edad Media hasta nuestros días, sea por gozar, sea por vivir, y podremos juzgar la rareza del genio. Notamos también que el talento musical es muy raro y que va acompañado de una profundidad genial del pensamiento, que los hace especialísimos, como un Beethoven ó un Wagner. Estas son probablemente las mismas relaciones numéricas existentes entre el genio, el talento y la multitud que se encuentra en los otros dominios de la acción y del pensamiento.

Vemos que el genio, ese emisario, ese representante verdadero de la especie, cuya total acción obtiene más ó menos pronto un carácter general, es á la vez un egoísta y un solitario. Es ahí donde se encuentra el verdadero punto esencial de la cuestión de los fines psicológicos entre el genio y la raza.

M. Lapouge acepta que la raza de los dolicocefalos rubios es la que produce principalmente hombres de genio (2). Esto nos parece discutible (3). Pero, aun suponiendo que la hipótesis de Lapouge sea verdadera, subsiste la siguiente cuestión: ¿En qué estriba que un «ingenio» difiera de otro dolicocefalo rubio? Este es un asunto capital, y no encontramos en aquel autor ninguna contestación referente al asunto.

A nuestro parecer, toda raza—pura ó mestiza—, progresando biológicamente, está en estado de producir hombres de genio, es decir, individuos con dones universales, representando una energía biológica muy concentrada, que podría descender de una raza superior. Mas permaneciendo cohibidos dentro del rebaño, los individuos no alcanzarían su objeto, ya que toda la evolución social, con la división del trabajo y la

(1) *Conciencia y voluntad social.*

(2) Lapouge. *Las selecciones sociales.*

(3) Véase nuestra *Antroposociología*.



solidaridad creciente, con el cruzamiento desordenado, tiende á la destrucción de estas grandes personalidades. Se forma en este caso dentro de la masa una fuerza entre las personas de la raza inferior, para rechazar todo sér más capaz, y que por esto mismo tiene muchísimas pretensiones, con iguales necesidades, como le sucede á un tapón sumergido en el agua, que se ve rechazado á la superficie por la igualdad y la cohesión de la materia que lo envuelve. El individuo que difiere demasiado del conjunto social por su superioridad biológica, nunca consigue la confianza de sus semejantes. Los genios de toda raza están condenados á la soledad, de la que no salen sino para establecer su dominación sobre la multitud. Así es que la soledad y el aislamiento del genio es la sola vía que asegura el progreso biológico de la raza, porque de lo contrario, la evolución social debería detener aquella progresión orgánica.

Supongamos que el producto numérico entre el genio y la multitud sea de uno á un millón (Mr. Galton acepta esta cifra para Inglaterra). Así, el valor social del genio deberá tener la misma proporción respecto de los otros miembros del agregado, es decir, que su participación en los derechos y en los placeres comunes debería estar en relación con su fuerza biológica. La sociedad no consiente esta diferencia, y pone al genio en el mismo nivel que á los otros individuos. De ahí una constante lucha, y como el rebaño está apoderado del poder, el genio se encuentra perseguido. Este, por otra parte, ó perece en la contienda, ó encuentra las condiciones necesarias para producir una raza superior. De esta manera se ha podido apreciar la diferencia que existe entre los tipos del mundo animal, donde los solitarios son siempre más inteligentes que los tipos que viven en sociedades congénicas (1). Y así es cómo en la vida solitaria un varón capaz dejará un descendiente de genio después de haber dominado á cierto grupo de mujeres. Esto puede tener lugar en bandos, como lo hemos visto en la Edad Media, pero principalmente en los tiempos prehistóricos. Allí es donde es necesario buscar la verdadera cuna de los genios. La suma de estos individuos descendientes de los tiempos prehistóricos, está definida y no puede acrecentarse; en cambio la muchedumbre aumenta sin cesar, y hay disposiciones del genio bajo la forma de talentos más débiles, pues el común de los hombres no puede soportar al genio si no es reducido. Echado fuera del rebaño por la presión del medio social, el genio no pudo mantenerse de otra manera que rodeándose de un monopolio. A este fin debió apoderarse del poder sobre el rebaño, arrastrando dentro el seno de la clase dominante, tanto en la antigüedad como en la Edad Media, una superioridad biológica en proporción á los pueblos sometidos. Pero en el seno mismo de la clase reinante el genio pudo mantenerse, no dentro en forma pura, sino dentro en forma mestizada. Esta clase fué el depósito que conserva las diferentes porciones del genio y le permite renacer por la casualidad de los cruzamientos bajo forma de fenómenos atávicos, apareciendo de cuando en cuando en el horizonte como un meteoro y desapareciendo de nuevo, pues nadie, hasta el presente, ha pensado en fijarlo por una serie de experiencias antropotécnicas. En la disipación que la sociedad presente ejecuta en los organismos de la Humanidad, las cualidades superiores, reunidas al azar, se dispersan en talentos más ó menos grandes, destinados á disminuir en razón directa del acrecentamiento de las multitudes. Por otro lado, la clase dominante pierde también su superioridad biológica. Los matrimonios por dinero y los amores con mujeres de cla-

(1) *Revue Socialiste*, 1896: «Ensayos de una nueva interpretación de los fenómenos sociológicos.»



ses inferiores han dispersado en la sociedad entera las porciones fisiológicas de los genios contenidas antiguamente dentro de la aristocracia. Al mismo tiempo, la división del trabajo ha convertido los representantes de esta última en tipos profesionales de soldado, jugador, jockey, etc. Es imposible, pues, en lo sucesivo contar con la aristocracia para la producción de hombres de genio. Desaparecieron de esta sociedad, alumbrada por la ciencia. Su espíritu se conserva, sin embargo, por una cultura apropiada, y los últimos vestigios de los genios, á los cuales nosotros debemos gran parte de nuestra civilización y nuestra existencia, y de las cuales depende también el progreso biológico, residen en la Humanidad entera.

(*L'Humanité Nouvelle.*)

DR. L. WINIARSKI.

## LA CONQUISTA DEL PAN

Merced á un arreglo que la administración de esta Revista ha realizado con la de *Revista Nueva*, el libro cuyo nombre encabeza estas líneas ha pasado á nuestra disposición.

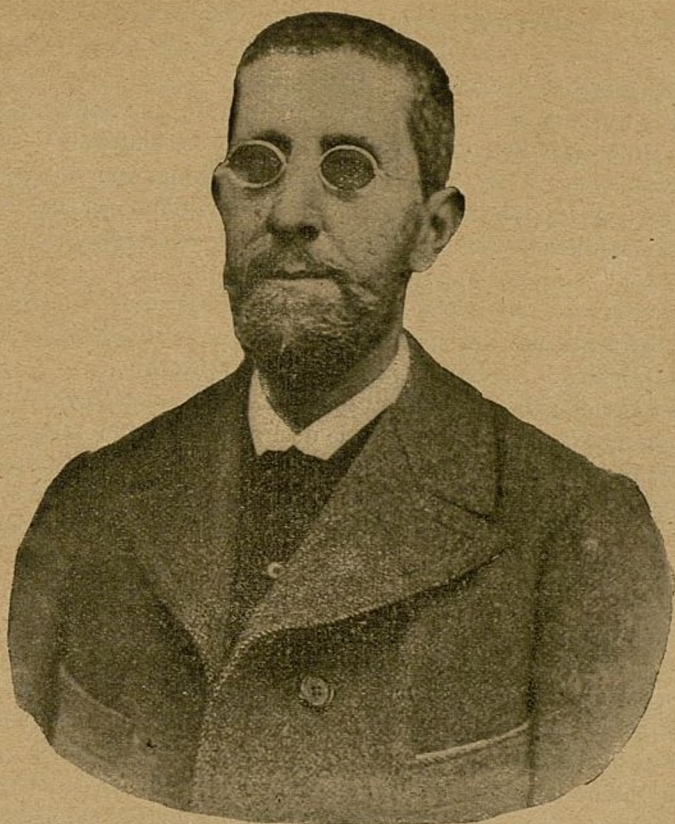
Dueños de *La conquista del pan*, hemos resuelto expender la obra sociológica más trascendental de nuestros tiempos á **dos pesetas** (si se adquiere directamente en esta Administración), y á **2,50**, que es el precio que lleva marcado, cuando se compre por medio de nuestros corresponsales.

Este libro consta de 300 páginas, y la edición que de él ha hecho *Revista Nueva* es la más barata que se ha editado y la mejor que se ha impreso en castellano.

El franqueo correrá á cargo nuestro, pero no el certificado del libro. No respondemos de los ejemplares que se extravíen en correos si los libros no se certifican. Por 25 céntimos pueden certificarse hasta trece libros.

Suplicamos que al pedido se acompañe el importe.





*Fermín Salvochea.*

Tan accidentada ha sido la existencia de Salvochea, que consideraría imposible toda tentativa por mi parte de biografiarle, si no hubiese podido contar con la amabilidad del Sr. Canales, decano de la prensa gaditana, que no ha escaseado trabajo ni tiempo para ir á remover archivos, rebuscar papelotes, registrar libros, á fin de que fuera estrictamente verídica la biografía que nos proponemos hacer. Y digo nos proponemos, porque somos tres los que trabajamos en ella, puesto que no puedo olvidar al querido amigo y compañero Antonio Costa, compañero en ideas y últimamente en cautiverio de Salvochea, que me ha proporcionado los datos que entrañan un muy interesante período: la estancia de Salvochea en los penales de Valladolid y Burgos.

Contando, pues, con tan valiosos elementos para emprender el trabajo que voluntariamente me he impuesto, tanto por el gusto de complacerme á mí misma, recordando los hechos de un estimable amigo, como para confortarme con el ejemplo en los ideales revolucionarios que sustentó, empiezo mi labor.

Sabido es que la cuna de la revolución septembrina fué Cádiz, como la había sido de los primeros destellos de libertad que alumbraron la España jesuítica y absolutista al principiar el siglo XIX.

Iniciada en Cádiz la revolución por hombres que obedecían, más que á sus sentimientos verdaderos de libertad, á odios y rencillas por la dinastía que destronaban,



pronto tuvieron que hacerse cargo de que los elementos populares que la revolución tenía en Cádiz estaban muy lejos de admitir las soluciones que los revolucionarios *enragé*, desde sus confortables gabinetes, dictaban.

La revolución no debía ser un juguete que manejaran á su antojo los que, antes de ganarla, ya tenían completados todos los destinos y los empleos, y creyéndolo así los revolucionarios que en Cádiz tenían más prestigio, como eran Salvochea, Guillén, Cala, Benot y La Rosa, no querían que el próximo movimiento se convirtiese en uno de tantos pronunciamientos, que sólo tenían por objeto el cambio de personas é instituciones.

Los revolucionarios de Andalucía, así como los de casi toda España, querían derribar el trono existente, no para levantar otro, sino para establecer la república, que era la forma de gobierno que entonces ambicionaba el pueblo.

Durante este período efervescente, en que la España reaccionaria se desquiciaba y entraba en una nueva faz, que bien puede decirse habría sido relativamente pasajera, á no haber por medio las ambiciones y las rencillas que existen y existirán mientras subsista el poder, sea autocrático, sea democrático, empieza á destacarse la figura de Salvochea, esa figura que con el tiempo había de ser la sombra de lady Macbeth para los miedosos gobiernos que nos preceden de la revolución acá, y con quien había de ensañarse el odio feroz de los monárquicos que, junto con Fermín, hicieron la revolución.

De esa lucha, de esa insubordinación al poder central, llamado por mal nombre revolucionario, sacó Salvochea doce años de deportación en Ultramar, por haber dirigido la sublevación republicana ocurrida poco antes en Cádiz. El pueblo, sin embargo, que simpatizaba más con los revolucionarios que se batían por la libertad que con los que legislaban leyes tiranas para encauzar la revolución, lo elige diputado por una mayoría inmensa. Pero las Cortes *revolucionarias* anularon su elección.

No era, seguramente, Salvochea hombre de los que mejor quieren un puesto en el Parlamento que en las barricadas y prefirió, cuando la insurrección federal catalana del 27 de Septiembre, secundarla y, al efecto, al frente de los más briosos y decididos federales, sublevóse nuestro biografiado en la provincia de Cádiz.

No puedo seguir paso á paso la brillante epopeya de los federales de entonces. Última evolución de la política, el federalismo, tenía hartas simpatías por Proudhon y el socialismo militante para que quiera sustraerme á las que me merecen los hechos de aquellos federales. Reconozco que luchaban por algo grande, por algo característico de un ideal más perfeccionado que todos los sistemas salidos del putrilago político, aunque sujetos á errores é injusticias de hombres que trabajan por y para el progreso, y por consiguiente no han alcanzado la clave de lo absoluto, para que no afirme aquí mi simpatía hacia ellos.

Como hombre estudioso y desligado completamente de compromisos políticos que tantas veces son causa á detener los impulsos nobles hacia ideales que se reconocen más perfectos, Salvochea, ilustrado y hombre de acción, tenía necesariamente que traspasarse al campo ácrata que germinaba entonces en la imponente Internacional. Pero como llenaríamos cuartilla tras cuartilla sin abarcar del todo lo mucho que puede decirse de aquellos tiempos, de esos ideales y de este hombre, simples biografiadores, vamos á cumplir como tales.

Nació Fermín Salvochea y Alvarez en Cádiz en 1.º de Marzo de 1842.

Desde niño—dice el Sr. Canales—demostró ese amor al prójimo, ese cariño á sus



semejantes y esa abnegación y desinterés que ha sido la norma de toda su vida y que forman la base de su conducta.

Fué educado en Inglaterra, donde marchó á los quince años, permaneciendo entre Londres y Liverpool, dedicado al comercio, hasta los veinte en que regresó á ésta.

Empezó á figurar en política por el año de 1866, estando interesado en la conspiración secreta que tenía por objeto libertar á los artilleros presos en el castillo de San Sebastián, procedentes de Madrid, que habían tomado parte en los sucesos del cuartel de San Gil y que debían ser transportados á Manila.

Desde entonces en adelante continuó frecuentando las reuniones democráticas y círculos obreros.

Prestó su actividad con otros importantes amigos, en todo lo relativo á la revolución de Septiembre; formó parte, verificada ésta, de la Junta provincial del Gobierno provisional y del comité democrático, hasta que los sucesos del 5 de Diciembre de 1868, le dieron lugar de manifestarse tal cual es, sereno y de grandes recursos y energías mandando la lucha entre los voluntarios que rechazaron el bando reaccionario del desarme de la milicia y los combates sucesivos hasta la capitulación y su arresto, que duró unos dos meses en el castillo de Santa Catalina.

A su salida el pueblo le ovacionó demostrando que sabe estimar la abnegación de los que con fe luchan.

En Septiembre de 1869 vuelve Salvochea á la lucha en defensa de sus principios, marcha á Medina y desde allí, con los elementos ya dispuestos de antemano, se une á las fuerzas organizadas en Jerez y Arcos, por Paul y Angulo y en Ubrique por Diego Carrasco y Bohorques, con la que se formó la partida republicana en la Sierra y con la que la provincia de Cádiz respondió al reto que Sagasta lanzó para que se echase al campo el partido republicano.

A los pocos días de la salida de Salvochea, marchó de Cádiz para la Sierra Rafael Guillén, diputado de las Constituyentes, que tomó el mando de la partida, y después de un desesperado combate que sostuvieron los federales contra fuerzas cien veces mayores en número, habiendo caído prisionero Guillén, fué villanamente asesinado de un bayonetazo y dos tiros por orden del coronel Luque. En estas escaramuzas habidas entre los federales, carabineros y civiles, también perdió la vida el ilustre joven Cristóbal Bohorques, modelos ambos de abnegación y amor á las ideas de justicia y libertad.

Disolvióse la partida y Salvochea, con otros, se fué á Gibraltar, de allí á París y Londres, regresando á España en virtud de haberse acogido á la amnistía concedida por aquel entonces ó sea el 1871.

Elegido diputado para las Constituyentes, no pudo desempeñar el cargo por estar preso en el castillo de Santa Catalina, pero una vez en libertad le eligió el pueblo para alcalde.

Aun molestando la modestia del amigo, y sin que se considere como adulación por nuestra parte, vamos á insertar el detalle de que en la alcaldía suprimió los consumos, organizó los voluntarios, hizo grandes reformas para el embellecimiento de la ciudad y dejó las arcas municipales repletas de dinero, pues, con un presupuesto sumamente económico cubrió todas las atenciones y sobró todavía.

Dejó la alcaldía en el mes de Julio de 1873, porque los sucesos cantonales le obligaron á aceptar el importantísimo cargo de presidente del Comité de salud pública provincial.



En tan difíciles circunstancias demostró Salvochea una vez más sus especiales condiciones de serenidad, inteligencia, energía é inquebrantable fe en sus principios emancipadores.

Luchó contra todos los elementos contrarios; asumió él solo, para sí, la responsabilidad toda entera de aquellos sucesos y se entregó á los vencedores, constituidos en autoridad. El tribunal que le juzgó en Sevilla, condenóle á reclusión perpetua en uno de los presidios menores de Africa.

Pablo Pérez Lazo, que por acompañar á Fermín también se presentó á las autoridades, fué asimismo condenado, pero en menor pena y marchó con su amigo al Peñón de la Gomera.

Los siete años que permaneció Salvochea en el Peñón, podemos decir, poetizando la vida tan excesivamente prosaica de nuestro biografiado, fueron un idilio. Y con esto reconocemos al amigo de hoy, que vive completamente fuera de la realidad, creándose un mundo tal y como su cerebro lo concibe, no tal cual es.

Se gastaba los cien duros que le mandaba su familia y el valor del tabaco que dejó de fumar, en socorrer á los desgraciados del penal y á los pobres de aquella pequeña población.

Queriendo ser aún útil á la humanidad doliente, estudió Medicina teórica y práctica, aleccionado por los médicos allí existentes, y llegó á perfeccionarse de manera tal, que curaba y sus recetas eran válidas en la farmacia.

El año 1883 ó el 1884 solicitó el Ayuntamiento de Cádiz indulto para Salvochea; concediósele; pero nuestro biografiado lo rechazó por no deber favores á nadie.

Pasado algún tiempo proyectó su evasión con los mercaderes moros que concurrían al Peñón de la Gomera, refugiándose en Gibraltar. De allí pasó á Lisboa, luego á Orán, y últimamente fijó su residencia en Tánger, donde era muy querido. Al fallecimiento de Alfonso XII se dió un indulto, y pudo regresar á Cádiz con su respetable y bondadosa madre.

No acaba en lo que dejamos consignado el martirologio de Salvochea.

Una vez en libertad propagó sus ideas, que ya no eran las republicanas, sino las anárquico-comunistas; fundó Círculos obreros, el periódico *El Socialismo*, que engarzó las ideas anarquistas al corazón de esa Andalucía de carácter tan á propósito para entusiasmarse por la libertad y la emancipación humana, y llevó á cabo, en 1.º de Mayo de 1890, una importante manifestación en pro de la jornada de ocho horas.

Al querer repetirla en 1.º de Mayo de 1891, la autoridad lo prendió,teniéndolo cuarenta y seis días encarcelado.

Posteriormente le ocurren sucesos bien trascendentales, cuales son las causas de «los petardos» encontrados en la redacción de *El Socialismo*, y la complicación, que no se explica, pero que resultó, en los sucesos de Jerez, estando preso en la cárcel de Cádiz, que ocurrieron el 8 de Enero de 1892.

Ni más ni menos sucedió en Barcelona á Domingo Mir Durich, á quien se condenó como cómplice de Pallás, cuando al ir la policía á prenderlo encontróse que estaba preso á consecuencia de un alboroto en un *meeting* de estudiantes. Sin embargo, la injusticia se consumó, y Mir fué condenado como cómplice del atentado de la Gran Vía, á cadena perpetua, que la extingue en el penal de Ceuta.

Cuando la insurrección de Jerez, Salvochea, como hemos dicho anteriormente, estaba preso en la cárcel de Cádiz; pero la burguesía andaluza, que sin duda quería acabar con él, forjó un complot en el que hubo autores, coautores y toda clase de



cómplices. Resultado: que, estando preso en Cádiz y *habiendo sucedido el hecho en Jerez*, cayó sobre Fermín una sentencia de doce años de presidio, trasladándose al penal de Valladolid.

Salvochea llegó allí la noche del 7 de Noviembre de 1893, entrando en la enfermería en calidad de enfermo, donde fué visitado por algunos compañeros; á la visita del médico se privó á Salvochea de toda comunicación con el público y con los presos. Unicamente le permitieron comunicarse seis veces: dos frailes, el director de la casa de locos y corresponsal de *Las Dominicales*, dos señoras amigas de su madre, el abogado federal Taladriz, el Dr. Esquerdo en presencia del director y dos periodistas de la localidad. Sin embargo, esto no fué obstáculo para que *El Imparcial* publicara, cuando el atentado de Cambios Nuevos, que, pocos días antes había ido á conferenciar con él un anarquista. De la misma manera que el mismo diario publicó el 17 de Junio de 1896 un telegrama de su corresponsal en Tarragona en el que, entre otras muchas cosas, todas falsas, decía que yo había estado presa en la cárcel de Reus cuando el hecho del Liceo de Barcelona. ¡Siempre esa prensa ejerciendo de policía depravado!

El primer domingo de su estancia en el penal de Valladolid, al querer que fuera á oír misa como todos los demás reclusos, se negó, y después de un pequeño altercado el director le amenazó con la misa ó el calabozo, escogiendo Salvochea lo último. Fué encerrado en un calabozo oscuro, húmedo y frío.

Arraigósele la idea del suicidio, al pensar que entre lo húmedo de la mazmorra y lo débil que estaba iba á adquirir una enfermedad crónica, y antes que agotar sus fuerzas paulatinamente y con ellas la vida, pensó acabar de una vez. Para ello valiéndose de unas tijeritas, sin punta ni filo: se inflirió dos heridas en las arterias del cuello y una oculta en la ingle. Hechas las mordeduras tendióse en una manta sobre el suelo y quedó dormido. Al hecho de haberse congelado la sangre en las heridas debe Salvochea la vida.

Restablecido ya, el director del penal le llamó á su despacho, diciéndole que tenía muy buenas recomendaciones para él y que, por tanto, le ofrecía la plaza de escribiente ú ordenanza.

Fermín no quiso aceptar porque no quería que lo sirvieran ni servir á nadie, por lo que el director le mandó quedarse en la enfermería en calidad de enfermo.

Imposible detallar las mil peripecias que sucedieron á Fermín en el penal de Valladolid; explicado, parecería que en vez de una biografía escribiásemos un pasaje de *Las mil y una noches*.

Por fin, el 21 de Agosto de 1898 fué trasladado al penal de Burgos, donde se encontró con los condenados por el proceso de Montjuich.

Allí, por lo regular, se entretenía estudiando Astronomía y traduciendo á los compañeros la obra de C. Flammarion *Las Maravillas del Cielo*, acompañando algunas explicaciones para hacerla más comprensiva.

Otras veces, traduciendo versos del inglés ó bien componiéndolos, que también los hace, aunque sea revolucionario. A los que tenían gusto en aprender francés, se lo enseñaba.

Cuando no tenía otra cosa que leer, estudiaba el árabe, y últimamente, la ortografía fonética de Araujo, de la que es propagador.

A principios de este año, en el indulto dado, salió en libertad, regresando á Cádiz,



donde el pueblo lo recibió con entusiasmo indescriptible porque sigue viendo en él al mártir de la ideas libres y emancipadoras.

Aposentado ahora en Madrid, tras tanto bregar por la emancipación humana, ha de trabajar, si encuentra trabajo, como el más infeliz jornalero.

Forma parte de la redacción de LA REVISTA BLANCA, y actualmente traduce del inglés al español, por cuenta del editor Lázaro, la última hermosa obra de Kropotkine, *Campos, fábricas y talleres*.

A pesar de ser de la redacción, esta biografía le sorprenderá tanto como á mis lectores; pues conocedor de que él no había de prestarme los datos que para escribirla necesitaba, los demás compañeros nada le hemos dicho ni preguntado, costándome mil fatigas hacerme con datos, y sobre todo, con una fotografía, pues Salvochea es muy refractario á retratarse, habiéndolo logrado casi por sorpresa.

Sagasta, el revolucionario que ayudó á destronar á Isabel II, en el pináculo del poder y de los homenajes; Salvochea, el revolucionario que se batió en los campos jerezanos para que fuera un hecho el destronamiento de aquella reina, carne de presidio. He aquí el caminar por distintas veredas.

Sin embargo, en la conciencia de los buenos, echará el presidiario hondas raíces, en tanto que el magnate será olvidado, cuando nó maldecido.

Dispense el amigo Salvochea si me he atrevido á alzar el velo de su pasado; en la necesidad de estudiar verdaderos caracteres he recurrido á él precisamente porque es tan refractario á las exhibiciones y por ello muy digno de que se le imite.

Que tome, pues, el amigo Fermín estas líneas como prueba de sincera amistad, es lo que quiere

SOLEDAD GUSTAVO.







# CIENCIA Y ARTE

## FISIOLOGÍA

Es una ley fisiológica que, bajo el influjo de una impresión que anuncia un peligro, los órganos reobran y hacen un esfuerzo para alejar el agente nocivo.

Un grano de polvo en el ojo provoca un movimiento reflejo de los párpados, en virtud del cual éstos tratan de barrerlo, por decirlo así; si el cuerpo extraño se fija en las vías respiratorias, provoca un golpe de tos; cuando se fija en la nariz, un estornudo es el que le expulsa.

Todos estos actos se producen por efecto reflejo, del mismo modo que por efecto reflejo el exceso de ácido carbónico provoca la aceleración de los movimientos respiratorios que deben eliminarse.

El instinto, en virtud del cual los movimientos respiratorios se modifican durante el ejercicio violento, está, pues, íntimamente ligado á la conservación del individuo, y parece asombroso á primera vista que pueda producir nocivos resultados y perturbar el cumplimiento de las funciones que preside.

Y es que el instinto es una fuerza ciega, que mide la intensidad de su acción por la violencia de la excitación recibida, sin tener en cuenta el resultado producido. A menudo se ven accidentes de los más graves, producidos por la intervención exagerada ó inoportuna de la potencia automática de los órganos. Así ocurre que las contradicciones peristálticas del intestino, útiles al principio para expulsar un cuerpo extraño ó un alimento indigesto, pueden ocasionar, por su exageración, enfermedades graves: la *invaginación intestinal*, por ejemplo. Hay, asimismo, contracciones del músculo orbicular de los párpados, que pueden agravar una afección ocular acompañada de *fotofobia*. El movimiento de cerrar los párpados en los casos en que un ojo recibe luz muy intensa, es un movimiento instintivo primitivamente útil. Pero si la fotofobia es intensa, resulta de la irritabilidad excesiva del ojo un esfuerzo exagerado de oclusión, un *espasmo*, que puede llegar hasta doblar hacia dentro el borde de los párpados, cuyas pestañas llegan á ejercer sobre la córnea un rozamiento doloroso.

Del mismo modo, en los órganos pulmonares, un aumento moderado del estímulo respiratorio hace más eficaz la función y favorece la ematosis: los movimientos del torax devienen más amplios y frecuentes, introducen más aire en el pulmón y eliminan más ácido carbónico. Pero si la excitación de los centros nerviosos respiratorios es demasiado viva, si la necesidad de respirar se exagera, los movimientos adquieren una frecuencia excesiva, y ésta es ya una primera causa para hacer que la función sea insuficiente. En efecto, experimentos muy exactos prueban que, pasado cierto número de movimientos respiratorios por minuto, la cantidad de ácido carbónico espirado disminuye en la medida en que aumenta el número de respiraciones,



Si la respiración no sufre más que una aceleración moderada, el número de movimientos compensa la insuficiencia de cada uno de ellos; y, en resumen, un hombre que respira 30 veces por minuto, acaba por eliminar más ácido carbónico que el que respira 16 en el mismo tiempo. Pero si la respiración se precipita fuera de medida no da tiempo al ácido carbónico para atravesar los alveolos pulmonares, y el movimiento de espiración arroja fuera el aire casi como entró.

Así, el efecto reflejo, al principio útil, porque activaba la respiración y la hacía más eficaz, acaba por ser una traba para el cumplimiento regular de esta función y constituye un peligro para el organismo.

Por el hábito se llega á ejercer un cierto dominio sobre los actos ordinariamente sustraídos á la voluntad. Con auxilio de esfuerzos sostenidos y perseverantes, el hombre puede luchar victoriosamente contra los reflejos respiratorios, que le obligan á acelerar indefinidamente los movimientos de la respiración. Este es el secreto de la resistencia á la sofocación que adquieren los corredores de profesión. Consiguen regular el juego de sus pulmones y le impiden ceder á esta especie de arrebató, bajo cuyo imperio el anhelo del pecho no hace más que bosquejar los movimientos respiratorios.

Ciertos enfermos nos ofrecen una curiosa demostración de este imperio, que se puede adquirir sobre los movimientos habitualmente involuntarios, para contenerlos y regularizarlos. Los asmáticos que sufren desde hace mucho tiempo disnea, aprenden á resistir el impulso que lleva á todo hombre que siente opresión á repetir con frecuencia los movimientos respiratorios. Se esfuerzan en detener el ritmo de la respiración y prolongar su duración cuanto pueden. De este modo llegan á mejorar su estado, sin que la enfermedad haya disminuido. Los enfisematosos que sufren la opresión desde hace muchos años, *saben* respirar y sacan de sus malos pulmones mejor partido que al principio de su enfermedad. Deteniendo la respiración es como la hacen más eficaz.

El ejercicio muscular, que acelera los movimientos respiratorios al principio de la sofocación, acarrea con frecuencia, cuando se extrema, el retraso excesivo y hasta la suspensión momentánea de estos movimientos.

Estos dos resultados inversos son debidos, tanto uno como otro, á efectos reflejos, que provoca la excitación de los centros nerviosos por el ácido carbónico. En efecto; la excitación moderada del bulbo, tal como la ocasiona una ligera dosis de ácido carbónico, acarrea la aceleración respiratoria; por el contrario, una excitación demasiado fuerte, tal como la puede producir una dosis alta de aquel gas, produce su lentitud. Se ven manifestarse estas diferencias de resultado en todos los casos en que los nervios del pulmón están sometidos á alguna causa de excitación, cualquiera que ella sea; así, electrizando débilmente en un animal sometido al experimento el nervio *pneumogástrico* excitante del pulmón, se produce la aceleración respiratoria; electrizándolo demasiado, se ocasiona la lentitud y hasta la suspensión completa de los movimientos respiratorios.

En las fases más avanzadas de la fatiga respiratoria, cuando el ejercicio ha acumulado en la sangre dosis excesivas de ácido carbónico, vemos producirse, no sólo respiración acelerada, sino entrecortada, interrumpida por momentos de parada, y finalmente, la suspensión completa de los movimientos del pulmón.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE,

(Traducción de Ricardo Rubio.)



LEY DE HERENCIA<sup>(1)</sup>

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO POR

FEDERICO URALES

## PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN LA OBRA

Ricardo, de 25 años.	Emilio, de 26 años.
Elvira, de 18.	Marqués, de 64.
Rosendo, de 59. Viste con extra vagancia.	Juez, de 48.
Catalina, de 50. Viste con mucha severidad.	Dos médicos, de 60 y 53, respectivamente.
Agustina, de 37. Viste con coquetería extremada.	Delegado, de 34.
Pascual, de 53. De maneras pulcras. Habla con fatiga.	Juan, de 40.
Benito, de 54. De maneras graves.	Dos niños de 4 y otro de 3.
Federico, de 22. Joven petimetre.	Gente que no habla.
	Guardias de orden público.
	Dos periodistas. Personas de la vecindad.

Pascual y Catalina, marido y mujer. Ricardo, hijo de ambos. Benito y Elvira, padre é hija. Agustina y Rosendo, marido y mujer. Federico, hijo de ambos. Emilio, amigo de Ricardo. Las demás personas intervienen accidentalmente en el desarrollo del drama.

Saludos, ponerse y quitarse el sombrero, á gusto del director, salvo en el caso previsto en el drama.

## PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN EL PRIMER ACTO

Ricardo, Pascual, Catalina, Benito, Elvira, Federico, Rosendo, Agustina y Juan.

## ACTO PRIMERO

## Decoración.

Una sala amueblada como de casa media. A la izquierda espectador, en primer término, una puerta: es la del gabinete de Don Pascual; después un balcón que da á la calle. Frente á la puerta, una mesa ministro. A la derecha espectador, tres puertas: la primera es la del dormitorio de doña Catalina; la segunda la del de Ricardo, y por la otra se va al comedor. Junto á la mesa una silla de brazos; en ella está sentado Ricardo al levantarse el telón. Un sofá y sillas en diferentes sitios de la escena.

La acción en Madrid y en nuestros días; las cinco de la tarde de un día de invierno.

## ESCENA PRIMERA

RICARDO

**Ricardo.** *Escribe algunos segundos; después entra Juan con dos ejemplares de La España Moderna en la mano, que deja sobre la mesa de Ricardo. Al ver éste los citados ejem-*

(1) Habiéndome demostrado la práctica que para que un autor novel vea representada su obra necesita humillarse mucho, y no teniendo carácter para humillarme, doy á la publicidad este drama, confiando su representación á la casualidad ó á algún actor que, como hombre y como artista, se salga de lo ordinario.—(Nota del autor.)



*plares los coge precipitadamente, diciendo después: ¡Se inserta mi artículo! Abre La España Moderna y lee algunos segundos.*

## ESCENA II

PASCUAL Y RICARDO

**Pascual.** *(Sale de su habitación y se dirige al foro.)*

**Ricardo.** Papá, *La España Moderna* publica mi artículo; ven, que te lo leeré.

**Pascual.** ¡Qué letras ni qué ocho cuartos! Lo que hace falta es jerez ó cosa así.  
*(Por el foro.)*

**Ricardo.** Vamos, ya no se puede contar con él para nada. *(Lee algunos segundos.)*

## ESCENA III

RICARDO Y CATALINA *(del foro).*

**Catalina.** *(Ataviada como si viniese de la iglesia).* ¿Has hablado con tu padre?

**Ricardo.** Sí; hoy tendremos mal día.

**Catalina.** Me lo figuré. Bajando las escaleras iba diciendo pestes de los libros, de los abogados, de las...

**Ricardo.** ¿Me permites que te lea un artículo mío, que publica *La España Moderna*?

**Catalina.** Ahora no; luego. Quiero meditar el sermón del padre Casanovas.  
*(En la puerta de su habitación).* ¡Ah, te advierto tengas mucho cuidado en elegir los libros y los amigos! *(Entra en su habitación.)*

## ESCENA IV

RICARDO

**Ricardo.** Decididamente el sér humano se ha apartado poquísimo de su punto de partida. Mi padre vive sólo para los goces materiales, mi madre únicamente para los espirituales, y, dominados por su naturaleza desequilibrada, abandonan al hijo en los momentos más felices de la vida: el día que ve por vez primera su nombre impreso. El amor de madre dominado por el fanatismo, el de padre por el vicio, y yo aquí, solo, después de haber suplicado en vano escucharan algo que es producto de mi sér, que es el suyo; del esfuerzo de una inteligencia que ellos me dieron y que tanto descuidan. *(Toca el timbre y aparece Juan.)* Escucha, que voy á leerte un artículo mío.

**Juan.** Señorito, cuando usted me llamaba subían las escaleras Don Benito y la señorita.

**Ricardo.** *(Con alegría).* ¿Sí?, pues retírate. *(Levantándose.)*

## ESCENA V

RICARDO, BENITO Y ELVIRA *(del foro).*

**Benito.** Buenas tardes.

**Elvira.** Bonísimas, Ricardo.

**Ricardo.** ¡Qué alegría! ¿A qué debemos la satisfacción de tener visita tan grata?

**Elvira.** Mi padre ha de visitar á un enfermo en la calle de Sevilla, y, como está tan cerca de aquí, le he suplicado me llevara consigo y me permitiera aguardarle en tu compañía.

**Ricardo.** ¿Y ha accedido?

**Benito.** ¡Como creí sería también de tu agrado!

**Ricardo.** ¡Ya lo creo! ¿De manera que no saben ustedes lo que hay?

**Benito.** No.

**Elvira.** ¿Alguna novedad desagradable?

**Benito.** Lo dice su cara risueña.

**Ricardo.** Se ha publicado ya mi artículo.

**Elvira.** *(Buscando con interés).* A ver, á ver; ¿dónde está? *(Con La España Moderna en la mano.)* Con permiso de ustedes. *(Se sienta y lee.)*



**Ricardo.** Si quiere leerlo usted también, tengo otro ejemplar.

**Benito.** Cuando regrese, Ricardo; ahora no puedo. Un paciente me llama, y primero es el bien ajeno que la satisfacción propia.

**Ricardo.** Gracias.

**Benito.** ¿Por dónde anda Don Pascual?

**Ricardo.** Ha salido hace un momento.

**Benito.** ¿Y la señora madre de usted?

**Ricardo.** En sus habitaciones; ¿quiere usted que la llame?

**Benito.** No puedo entretenerme; la saludaré al volver. Adiós. *(Por el foro.)*

**Ricardo.** Usted lo pase bien.

**Elvira.** Adiós, papá.

## ESCENA VI

ELVIRA Y RICARDO

**Ricardo.** *(Poniendo una mano sobre el hombro de Elvira).* Elvira, estamos solos.

**Elvira.** Déjame leer.

**Ricardo.** Es que no puedo.

**Elvira.** Extraña cosa en tí, por cierto.

**Ricardo.** Ahora soy hombre, no autor. Cuando era lo último estuvo en un tris que no riñera con mis padres, porque no se dignaron escucharme. Don Benito, con har-  
to disgusto mío, no ha podido leer mi artículo, y ahora que tú lo haces, me opongo.

**Elvira.** Lo que tú tienes son caprichos muy raros.

**Ricardo.** Que no te disgustan cuando son como éste.

**Elvira.** *(Levantándose).* ¿Vamos á saludar á mamá?

**Ricardo.** ¡Perder esta ocasión!

**Elvira.** *(Con mimo).* Quien todo lo quiere, todo lo pierde. *(Vase á las habitaciones de doña Catalina, seguida de Ricardo, quien demostrará lo mucho que siente no prolongar la escena.)*

## ESCENA VII

FEDERICO, AGUSTINA Y ROSENDO *(del foro).*

**Agustina.** ¡Aquí no hay nadie!

**Rosendo.** Pues el criado ha dicho que Ricardo...

**Agustina.** Ve, Federico; dí á Juan que aquí no está la señora,

**Federico.** *(Obedece alejándose por el foro.)*

**Agustina.** *(Mirando por todas partes).* ¡Qué gusto tan ordinario revela esta habitación!

**Rosendo.** ¡Si parece un convento!

*(Aparece Federico por el foro, seguido de Juan, quien entrará á las habitaciones de doña Catalina.)*

**Agustina.** Para mí que este cuadro ha sido comprado en el Rastro.

## ESCENA VIII

LOS MISMOS Y RICARDO, ELVIRA Y CATALINA *(que salen de la habitación de ésta).*

*(Catalina y Elvira saludan á Agustina, y Ricardo á Federico y á Rosendo.)*

**Agustina.** ¿Cómo están ustedes?

**Catalina.** Muy bien, gracias.

**Elvira.** ¿Y usted, doña Agustina?

**Agustina.** Perfectamente, gracias. ¡Ricardo siempre tan sano!

**Ricardo.** Gracias á mi buen régimen de vida.

**Elvira.** Su señor esposo sí que parece un roble.

**Rosendo.** ¡Ah! Para fuerte y enérgico, nadie como mi hijo.

**Federico.** Nunca he estado enfermo.

**Catalina.** Bendiga usted á Dios. Tomen asiento. Con el permiso de ustedes, me retiraré un momento. *(Vase al comedor.)*

**Agustina.** Usted es muy dueña.



## ESCENA IX

LOS MISMOS, MENOS CATALINA

**Agustina.** (*A Elvira*). La supongo enterada de la novedad.

**Elvira.** ¿De cual?

**Agustina.** Del artículo.

**Elvira.** ¡Ah! Sí.

**Agustina.** ¿Y qué tal?

**Elvira.** No lo conozco.

**Agustina.** ¿No? Ricardo, ¿ha oído?

**Ricardo.** ¿De qué se trata?

**Agustina.** Elvira no ama á usted.

**Elvira.** No he dicho tal cosa, y dispense usted, doña Agustina.

**Agustina.** Figúrese usted que no ha leído el artículo. Cuando se ama á una persona, se ama todo lo que es de ella. Ya ve usted, yo, sin ser la señorita Elvira, lo he leído tres veces.

**Ricardo.** Gracias, señora.

**Agustina.** El artículo lo merece y su autor también.

**Ricardo.** No obstante, advertiré á usted que si Elvira no ha leído mi trabajo ha sido por culpa mía.

(*Elvira toma el ejemplar de La España Moderna y se dirige al balcón, demostrando que está enojada.*)

**Federico.** ¡Cómo! ¿Es pecaminoso acaso?

**Rosendo.** (*A Elvira, mientras ésta se dirige al balcón*). ¡Ve usted que talento! Ha visto defectos en un artículo que parecía perfecto.

## ESCENA X

LOS MISMOS Y PASCUAL (*que entra por el foro*).

**Elvira.** (*Dirigiéndose á Pascual*). Buenas tardes, ¿cómo está usted?

**Pascual.** (*Intenta ponerle la mano en la cara... Notando la presencia de las demás personas*). ¡Tanto bueno por aquí! Lo celebraré con un par de botellas de ajeno.

**Agustina.** Usted siempre de humor.

**Rosendo.** ¡Hola, presumido!

**Ricardo.** (*Aprovecha la ocasión para unirse con Elvira*).

**Federico.** Bébaselas usted en honor á la victoria literaria de Ricardo.

**Ricardo.** Mejor haría no bebiendo, que yo no escribo para hacer beber á nadie, y si supiera que mis trabajos hubiesen de obtener tal honor...

**Pascual.** Cállate, niño gruñón. Eres el hombre menos hombre de Madrid. Siempre beber, digo, siempre estudiar, siempre escribir. Sí, lo que tú haces es... es...

## ESCENA XI

LOS MISMOS Y DON BENITO (*del foro*).

**Benito.** Buenas noches. ¿Cómo está usted doña Agustina? (*Dándole la mano*) ¿Y usted, don Rosendo? ¿Y usted, joven? (*A Federico*).

**Los preguntados.** Muy bien, gracias.

**Benito.** Don Pascual, ¿qué me dice usted?

**Pascual.** Que estoy alegre como unas Pascuas.

**Benito.** Hay alegrías que lo parecen. A ver el pulso. Débil, siempre débil. Es preciso comer más y beber menos.

**Pascual.** Bueno, ya empieza el consejo.

**Benito.** (*Coge un tomo de La España Moderna y se pone á leer en la mesa*).

## ESCENA XII

LOS MISMOS, CATALINA Y JUAN (*con un par de candelabros, que pondrá encima de la mesa*).

**Catalina.** Buenas noches.

**Varios.** Buenas noches tenga usted, doña Catalina.



**Catalina.** ¡Ahl ¿Está usted de vuelta, don Benito?

**Benito.** Dispénseme usted; leo un artículo de Ricardo, que me interesa en extremo.

**Catalina.** Usted y Elvira son nuestros huéspedes esta noche; lo tengo todo dispuesto. (*A Agustina*). Si ustedes gustan, será una satisfacción más.

**Pascual.** Me asocio á lo dicho por mi señora.

**Agustina.** (*Con énfasis*). Nosotros tenemos compromiso. Hace mucho tiempo que el excelentísimo señor marqués de Milans, íntimo de Rosendo, tiene nuestra palabra de hacer honor á su mesa, y el día designado es hoy. No obstante, si Federico desea quedarse...

**Rosendo.** Tampoco puede. La hija del señor marqués tiene los ojos puestos en quien yo me sé, y ya ves.

**Ricardo.** ¿Y tú tan calladito? Te felicito, hombre, te felicito.

**Federico.** No hay de qué. Mi padre exagera siempre. Nada significa que Carolina me distinga con sus preferencias (*fatuidad*). Además, que no es muy de mi gusto; prefiero entrar en casa de otro título de Castilla.

**Pascual.** ¡Ahl Calaverete, calaverete; vengan esos cinco.

**Rosendo.** Ya lo cambiaría usted por Ricardo.

**Pascual.** Casi, casi.

**Agustina.** Y yo también.

**Varios.** ¿Qué...?

**Agustina.** Quiero decir que yo, en lugar de Don Pascual, haría lo mismo.

**Catalina.** Pues yo digo que si de Ricardo me dieran cien Federicos...

**Ricardo.** Están ustedes diciendo tonterías.

**Elvira.** Como son viejos...

**Agustina.** No tanto, señorita, no tanto.

**Elvira.** Verdad; olvidábame de que usted...

**Agustina.** A los treinta y siete y con mi ver, es injusto se me confunda con los viejos.

**Pascual.** ¡Qué no, vamos, que no! Si está usted más fresca que... Y de mí, ¿qué diremos? Se ha de confesar que Elvira ha dicho una... una... Porque hay que tener en cuenta...

**Catalina.** Que la comida está arreglada y que hay jóvenes con más juicio que ciertos viejos, digo, que ciertas personas mayores.

**Federico.** ¿Vámonos, mamá?

**Agustina.** (*Levantándose*). Sí. Ricardo, felicidades por su éxito.

**Ricardo.** Mil gracias, señora.

**Agustina.** (*Dándole la mano*). Mi enhorabuena Don Pascual.

**Pascual.** (*Consigo mismo*). Finísima, finísima.

**Agustina.** Y á usted también, doña Catalina.

**Catalina.** Gracias.

**Agustina.** Elvira... Don Benito, á ver cuando tendremos la satisfacción de verlos en casa.

**Elvira.** Cualquier día.

**Federico.** (*Dándoles la mano y siendo el despido general*). Elvira... Ricardo... (*Los tres por el foro*).

### ESCENA XIII

LOS MISMOS, MENOS AGUSTINA, ROSENDO Y FEDERICO

**Catalina.** La comida no está lista aún, pero me pesaba esta familia. Rosendo, que sólo tiene boca para alabar á su hijo; éste, con sus pretensiones de hombre importante, y doña Agustina, con aquellas ínfulas de gran señora, me fastidian.

**Pascual.** Pues yo creo que es una buena visita la tal señora.

**Ricardo.** Estoy por el parecer de mi madre, aunque me ha parecido un tanto ruda. ¿Verdad?

**Benito.** Nosotros no entramos ni salimos; sólo diré que en casa estas visitas no arraigan.



**Pascual.** *(Entra en su cuarto y vuelve á salir al cabo de un momento con una botella y una copa que pone sobre la mesa, ante la cual se sienta y bebe, mientras hablan Elvira y Catalina.)*

**Benito.** *(A Ricardo).* Vámonos al jardín un ratito.

**Ricardo.** Con mucho gusto. ¿Vienes, Elvira?

**Catalina.** Se quedará conmigo.

**Ricardo.** No insisto. *(Por el foro derecha.)*

#### ESCENA XIV

PASCUAL, CATALINA Y ELVIRA

**Catalina.** *(Sentándose é invitando á Elvira lo haga á su lado).* Pues sí, hija mía; Ricardo me ha dicho que pensabais casaros pronto.

**Elvira.** Cuando ustedes lo dispongan.

**Catalina.** Así me gustan las jóvenes; obedientes siempre á los consejos de sus padres. Con tal que seas buena no te quejarás; lo nuestro será todo de Ricardo.

**Elvira.** Doña Catalina, á su hijo le querría yo aun siendo pobre; porque amo su persona, no sus bienes. De ellos jamás hemos hablado con Ricardo.

**Catalina.** Sin embargo, bueno es poseerlos. Con rentas las penas de la vida se pasan mejor.

**Elvira.** ¿Y usted cree que Ricardo y yo tendremos penas?

**Catalina.** Pocas ó muchas... Ten resignación y piensa siempre que por encima de nosotros está el Todopoderoso. Cumple los preceptos de la Iglesia, principalmente en lo que se refieren al matrimonio.

**Elvira.** Lo haré, doña Catalina; lo haré.

**Catalina.** *(Levantándose).* Aguarda un momento. ¿Quiéres venir conmigo?... *(A las habitaciones.)*

**Elvira.** Si no he de serle útil, no, señora. Entre tanto, haré compañía á Don Pascual.

#### ESCENA XV

ELVIRA Y PASCUAL

**Pascual.** *(Que al oír su nombre habrá vuelto la cabeza).* ¡Hola! sandunguera. ¿Sabes tú lo que necesita una mujer casada?

**Elvira.** Sí, señor.

**Pascual.** ¿A que no?

**Elvira.** Usted dirá.

**Pascual.** A ver...

**Elvira.** Pocas explicaciones bastan: amar al marido; con amor todo se pasa.

**Pascual.** Perdiste.

**Elvira.** No sé por qué.

**Pascual.** Porque el amor, en el matrimonio, no cuela. Los casados no se aman.

**Elvira.** Me parece feo que me hable usted así, sabiendo que soy la prometida de Ricardo.

**Pascual.** *(Alargándole una copa).* Te sabrá á gloria.

**Elvira.** No bebo.

**Pascual.** ¡Calla! Lo mismo que Ricardo. *(Bebe.)* Buen par de anacoretas. Mala gente me rodea. Si tú supieras lo que las mujeres que beben... ¿Cantas y bailas por todo lo alto? ¿Ni bebes, ni bailas, ni cantas? Pues no sereis amigos.

#### ESCENA XVI

LOS MISMOS, RICARDO Y BENITO *(de la derecha del foro).*

**Benito.** Estamos ya de vuelta.

**Ricardo.** *(A su padre).* Tenemos que hablar.

**Pascual.** Agradable conversación la tuya. ¿Se acerca el día? Un gruñón menos.

**Ricardo.** Venga usted conmigo *(yendo á su cuarto).*

**Pascual.** *(Siguiéndolo, algo inseguro de piernas).* Para casamiento, el mío.



## ESCENA XVII

BENITO Y ELVIRA

**Elvira.** ¿Han hablado?**Benito.** Poco.**Elvira.** ¿Y qué?**Benito.** Parece un muchacho muy inteligente y muy bueno.**Elvira.** De manera que...**Benito.** No te apresures. Segurísimo que su padre va para mal; interrogado Ricardo sobre las costumbres de su abuelo, he comprendido que el vicio es de familia. Ricardo, indirectamente, me ha hecho saber que no bebía.**Elvira.** ¡Pobrecito! ¡Cuánto habrá sufrido, con su prudencia!**Benito.** Yo tengo la obligación de procurar por tu bien. El hijo de Don Pascual es un excelente partido; nada atávico se le nota; de bondad, es de lo mejor, sin embargo, grave cosa es llevar sus antecedentes.**Elvira.** (*Lloriqueando*). ¡Que lo sea! ¡Yo quiero a Ricardo!**Benito.** Bueno, niña, bueno; lo tendrás.

## ESCENA XVIII

LOS MISMOS, RICARDO Y PASCUAL (*del cuarto de Ricardo*).**Pascual.** Bueno, sea; pero conste que este casamiento me disgusta: le daréis todos los caracteres de un entierro.

## ESCENA XIX

LOS MISMOS Y CATALINA (*del comedor*).**Catalina.** A comer.**Ricardo.** ¿Vamos?**Pascual.** Yo me quedo, no tengo apetito; tomaremos café juntos.**Benito.** ¿Sin haber comido?**Pascual.** Y eso, ¿qué?**Benito.** Que es un veneno para usted.**Pascual.** Siempre la misma cantinela.**Ricardo.** ¡Pero, si es por su bien!**Pascual.** Bueno; pues no quiero tantos protectores. Comeré cuando tenga apetito y beberé cuando tenga sed. Y no exasperarme.**Ricardo.** (*A Benito*). Dispense usted.**Catalina.** (*Con súplica*). Pero si no tiene apetito. (*Todos, disgustados, vanse por la puerta del comedor.*)

## ESCENA XX

PASCUAL

**Pascual.** (*Sentándose*). ¡Que murmuren los médicos, las beatas y toda la mística que resta! No se conoce mejor placer que el de la bebida. (*Bebe*). ¡CÓmodo es para el que no bebe aconsejar no lo hagan los demás! Cuando se siente el fuerte deseo de beber que siento yo, ¿quién resiste? (*Bebe*). Amo más a estas botellas que a Catalina... Bien es verdad que a Catalina... No existe amor más grande que el que yo siento por el vino. Por él lo olvido todo, es decir, todo; no pienso en otra cosa. (*Bebe*). ¡Ajá; un hombre, bebiendo, se siente más hombre, porque el que que no bebe... (*Intenta levantarse y hace caer la botella al suelo*). ¡Qué ruido tan infernal! Zarzuela tenemos, por lo visto... (*Buscando por encima de la mesa*). No, cuando yo digo que me han robado la botella... Esos médicos son capaces de matar al hombre más sano... ¡Cerca deben andar las beatas!... ¡A ver, a ver si daré con otra morena! (*Intenta dirigirse hacia su cuarto, pero tropieza en la mesa y cae, y, mientras procura en vano levantarse, se presentan Ricardo y Elvira.*)



## ESCENA XXI

PASCUAL, RICARDO, ELVIRA, DESPUÉS CATALINA Y BENITO (*del comedor*).

**Ricardo.** (*Con un plato*). A ver si logramos hacerle comer.

**Elvira.** Tu padre está tendido.

**Ricardo.** ¡Calla! Nada digas al tuyo. Recoge la botella. (*Intenta levantar á su padre.*)

**Catalina.** (*Desde la puerta*). ¿Cómo? (*Entrando*). ¡Jesús, cómo aquel día!

**Ricardo.** ¡Nada; no es nada!

**Benito.** ¿Hay alguna novedad?... ¡Don Pascual, Don Pascual!

**Ricardo.** No es nada; efecto de su estado débil. Ayúdame, mamá. (*Madre é hijo levantan á Pascual y lo conducen á su habitación por sus propios pies, pero apoyándose en Ricardo y Catalina.*)

## ESCENA XXII

BENITO Y ELVIRA

**Benito.** Malo, malo, malo, Elvira.

**Elvira.** ¿Pero no contaba usted con eso? ¿Qué culpa tiene Ricardo si su padre es un perdido, y qué culpa tengo yo?

**Benito.** No te desespere, será; pero quiera Dios que no nos arrepintamos.

## ESCENA XXIII

LOS MISMOS, RICARDO Y CATALINA (*de la habitación de Pascual*).

**Ricardo.** Ha sido un accidente pasajero. ¿Qué tienes, Elvira?

**Elvira.** No estoy bien; deseo retirarme.

**Ricardo.** (*Con amargura*). Como gustes.

**Benito.** Sí; será mejor.

**Catalina.** Lamento en el alma lo sucedido.

**Ricardo.** (*Con ternura*). ¡Elvira!

**Elvira.** ¡Ricardo mío!

**Ricardo.** ¡Gracias, amada, gracias!

**Benito.** Apóyate en mí, Elvira.

**Ricardo.** ¿Me permite usted les acompañe?

**Benito.** No es necesario; el coche espera.

**Ricardo.** ¡Adiós, Elvira!

**Benito.** Buenas noches.

**Elvira.** ¡Adiós! Doña Catalina, usted lo pase bien. (*Por el foro.*)

## ESCENA XXIV

CATALINA Y RICARDO

**Catalina.** ¡También yo me siento mal, hijo mío!

**Ricardo.** Haberlo dicho á Don Benito. ¿Quieres que lo llame?

**Catalina.** No. Afectóme el incidente de tu padre, venido tan á deshora.

**Ricardo.** También á mí; pero el hombre ha de sobreponerse á todo. Además, creo que Don Benito está enterado de nuestra desgracia, y no le habrá dado mucha importancia.

**Catalina.** ¿Sales?

**Ricardo.** No tenía intención, y ahora menos. Aguardaré un poco, y si descansas bien, entraré en mi despacho.

**Catalina.** Será innecesario. Puedes retirarte, en la seguridad de que tus desvelos no me harán falta. Antes ve cómo está tu padre.

**Ricardo.** Serás servida; de todas maneras, aprovecharé el tiempo.

**Catalina.** Como te parezca. (*A su habitación.*)

**Ricardo.** ¡Adiós, mamá!



## ESCENA XXV

RICARDO

**Ricardo.** (*Sentándose*). ¿Escribiré otro artículo? No; para escribir se necesita una tranquilidad de espíritu que no tengo en este momento. Mejor provecho sacaré de la lectura. ¿Qué autor leeré? Max Nordau me mortifica por sus teorías sobre la ley de herencia. Lo mismo digo de Lombroso. Tolstói es demasiado triste para leerlo ahora. Leeré algo de Valera; también se escriben cosas buenas en España; como estilista, es de lo mejor. ¡Lástima que nuestros escritores no gusten de problemas serios! Todo se andará. (*Lee*). Lo cierto es que si el incidente de mi padre impidiera el casamiento, me perjudicaría sobre manera. El amor que siento por Elvira llena mis aspiraciones. Además, Don Benito está enterado... ¿Y si él, tan amante de la ciencia, impidiera el casamiento por esto de la ley de herencia? Me hace preguntas por demás extrañas. Si hallo mejor lo mío que lo de los demás, si tardo ó no en decidirme, si estoy ó no satisfecho de lo que hago, si soy previsor ó descuidado... En fin, preguntas que se dirigen á explorar mi naturaleza. (*Escucha*). Creía haber oído á mi madre. (*Escucha*). Efectivamente, es ella. ¿Qué dirá? (*Se dirige á la puerta del cuarto de su madre; en ella escucha*). ¿Qué está diciendo mi madre! ¡Dios mío! (*Escucha*). Un padre que quiere ver á su hijo en la cuna. ¡Madre! ¡Madre! (*Escucha*). Sueña. (*Escucha*). ¡Cómo! ¡Un Ricardo que no soy yo! Monedas, vino. La sangre me ahoga. ¡Horror! ¡Madre mía, me muerol (*Escucha*). Que... que... (*Al medio de la escena, con desesperación*). ¿He soñado yo, ó es mi madre quien ha soñado?

(Fin del acto primero.)

## LA VIDA DE BOHEMIA

Comedia en cuatro actos, traducida por Pedro Gil, y estrenada la noche del 2 de Octubre en el teatro de la Princesa.

Rodolfo, poeta soñador, vive sujeto á los egoísmos de un riquísimo tío suyo, que no tiene descendientes. Unos cuantos artistas que, con sus queridas, corren una *juerga* en los alrededores de París, cerca del chalet donde vive Rodolfo, inician á éste en la vida bohemia, y huye con ellos aprovechando un ardid que el tío trama contra el sobrino para lograr que se case con una condesa de muchos francos. Este es el argumento del acto primero.

La escena representa dos *chambres* de un *hotel meublé* de la capital de Francia. En una vemos á Rodolfo soñando con sus acreedores, entre los cuales se cuenta el dueño del hotel, á quien, como es de suponer, paga Rodolfo con razones. La otra *chambre* está habitada por *Mussete*, querida de uno de los bohemios, la cual gusta de correr aventuras amorosas, sin perjuicio de amar á ratos á su querido pintor. Al presentarse el dueño del hotel con la cuenta de la *chambre*, tampoco tiene con qué satisfacerla, y el *casero*, sin decir agua va, alquila á otros las habitaciones de nuestros bohemios, dando la casualidad de que el nuevo inquilino de la de Rodolfo sea *Mimi*, una hermosa florista enamorada perdidamente de este bohemio, y de la de *Musette* su amado pintor, que andaba loco buscándola por las calles de París. Vuelve al *hotel meublé* Rodolfo y encuentra su *chambre* habitada por aquella linda joven que más de una vez le había quitado el sueño; vuelve también *Mussete*, y halla á su rendido bohemio en la habitación que un momento antes le pertenecía. Miel sobre hojuelas. Rodolfo tiene la delicadeza de no querer pasar la noche en la *chambre* habitada por *Mimi*, á pesar de estos dos pesares: de que él la tenía también alquilada, aunque no la pagase, y de que *Mimi* no hubiese rehusado su compañía. Hace una noche de perros, llueve á cántaros, y Rodolfo, en lugar de irse á la calle, se va á la *chambre* de sus amigos, quienes no quieren abrirle, y le aconsejan que pase la noche en la habitación de



al lado, que es la suya, y en donde encontrará además agradable compañía. El consejo no es del todo malo, y cae el telón mientras Rodolfo entra de nuevo en la *chambre* de *Mimi*. Este es el argumento del acto segundo.

El palacio de la condesa que pretende á Rodolfo. Se celebra un baile, y á él asisten los bohemios.

La condesa desea que Rodolfo escriba un soneto en el album; Rodolfo pretende que uno de sus amigos, dibujante notable, dibuje algo en el mismo album. Aquél hace el soneto, éste el dibujo; pero, para vengarse de Rodolfo, dibuja á *Mimi*, víctima de los extravíos de su amante, que lo es Rodolfo desde la noche del segundo acto, y de los despechos de la condesa. La hermosa florista se introduce en el palacio de su rival y oye una conversación que ésta sostiene con Rodolfo sobre *Mimi* precisamente, apostrofándose después las dos enamoradas mujeres. *Mimi* sale del palacio, desesperada; la condesa sospecha un suicidio, y llama á los bohemios; éstos se presentan muy incomodados por unos enredos que se traen la condesa y el tío de Rodolfo; pero enterados de las sospechas que aquélla tiene sobre los proyectos de *Mimi*, salen en busca de ésta, encontrándola á orillas del Sena con unas intenciones que ponen los pelos de punta. Este es el argumento del acto tercero.

Una bohardilla; en ella habitan los bohemios, y en ella tiritan de frío al levantarse el telón. No tienen dinero ni cosa que lo valga, ni se les ocurre modo de adquirirlo. El desaliento se apodera de aquella juventud animosa, y más parecen desgracia dos pordioseros, que entrometidos bohemios. Nada se sabe de la coqueta *Mussete*; dos días hace que falta la virtuosa *Mimi*. Se presentan al fin las dos. Aquélla viene de correr una aventura; ésta del hospital; temió morir lejos de su Rodolfo y pudo burlar la vigilancia de los enfermeros. Está muy mala: se llama á un médico; éste declara que hay muy pocas esperanzas de vida; receta una medicina; no hay, sin embargo, con qué comprarla. ¿Qué hacer? Al fin se acuerda *Mussete* de que lleva pendientes; pero, ¡oh, desgracia!, en París los domingos no despachan las casas de préstamos. Llegan dos bohemios, que habían salido al principio del acto y que nada saben de la enfermedad de *Mimi*; tres ó cuatro francos han agenciado; piensan que con ellos podrán apagar el hambre cruel que sienten; pero no, que han de servir para la medicina de *Mimi*. Esta se ha acostado. Silencio; dejémosla descansar. Aparece la condesa, en son de paz; después el tío de Rodolfo, en son de guerra. Para él *Mimi* es una *golf*, que está trastornando los sesos de su sobrino. La enferma despierta. ¿Qué pasa alrededor de *Mimi*? ¡La condesa, su rival! ¡El tío de Rodolfo, su enemigo! No, no explota á Rodolfo; le ama sinceramente. El tío la insulta; *Mimi* quiere marcharse. Su amante no ha de perder el porvenir por ella. Sí, sí; Rodolfo, que se marche con su tío: será rico; ella, al hospital otra vez. En el corazón del hombre siempre queda algo de humano, y el tío y la condesa perdonan, mejor dicho, olvidan; pero ya es tarde. *Mimi* muere, dando gracias á todos. Este es el argumento del último acto.

\* \* \*

No discutiremos el valor literario de la obra ni su carácter romántico; discutiremos, sí, su falta de lógica y de sentido común, cosas que, según nosotros, no están reñidas con el arte escénico.

Hay tales convencionalismos en *La vida de bohemia*, que se necesita el olvido de toda realidad para que el espectador no sienta el efecto desagradable que en su ánimo ha de producir aquel cuadro tan plagado de casualidades y de artificios. En el primer acto el autor hace discutir, comer y beber con demasiada precipitación al filósofo bohemio y al criado del tío de Rodolfo; pues desde que les retira de la escena hasta que los vuelve á ella, cuestión de cuatro ó cinco minutos, han de beberse el vino y comerse la comida que los bohemios habían traído de París para pasar el día alegremente, y han de hacerlo discutiendo sobre puntos trascendentales de filosofía. En el tercer acto se repite el mismo fenómeno. Rodolfo, por exigencias del autor, véase obligado á escribir un soneto sin tiempo material para escribirlo. ¿Cómo puede pensarlo?

Además, el hecho de que Rodolfo participe á la condesa que su amigo en penas y fatigas es un buen dibujante, no es motivo racional para que éste se ofenda y se vengue de su compañero dibujando, de mal talante, el retrato de la querida de Rodolfo en el album de la que pretende ser su esposa. Y hemos de decir que este acto



de venganza no está abonado por la moral bohemia, cuya característica es el desinterés y la abnegación cuando se trata de camaradas.

La desesperación y el desaliento con que se presentan los bohemios al principio del cuarto acto, tampoco retrata con exactitud la psicología de estos generosos y animados aventureros de la vida artística, que no se acobardan jamás y hacen chistes de su propia miseria.

La presencia del tío de Rodolfo en la bohemia ha de recibirse por los bohemios con desagrado, y no con indiferencia, tanto porque saben cómo las gasta el tío aquél, como porque no ignoran la participación que tiene en la mortal enfermedad que padece la buena de *Mimi*. Sin embargo, los bohemios no muestran ojeriza al tío de Rodolfo, y le toleran esta frase dirigida á *Mimi*: «¡Salga usted inmediatamente de esta casa, ó no respondo de mí!» Se olvidan completamente estas circunstancias: que estamos en casa de los bohemios y, por consiguiente, en casa de *Mimi*; que aquella amenaza se dirige á la querida de un compañero; que la amenazada es una enferma, que es una mujer, y que los demás son jóvenes artistas, y por consiguiente, galantes y generosos.

Muchas otras cosas podríamos decir de *La vida de bohemia*. Por ejemplo, en el cuarto acto, cuando *Mimi* llega del hospital, el autor, con impropiedad del caso, del estado de la muchacha y del tiempo, le hace explicar, á una pregunta de Rodolfo, las intenciones que abrigaba cuando al final del tercer acto sale desesperada de casa de su rival con intenciones de arrojarle al Sena. La explicación sería racional si *Mimi* y Rodolfo se vieran entonces por vez primera desde aquel día; pero no, que Rodolfo y *Mimi* han vivido ya juntos mucho tiempo, y, por consiguiente, aquellas preguntas son impropias é inoportunas, aunque el espectador las necesite para ponerse al corriente de los hechos.

Ignoramos si hemos hecho la crítica del original ó del arreglo. Criticamos la obra tal como se representó en el teatro de la Princesa.

Los actores desempeñaron bien su cometido, particularmente María Tubau.

UNO DEL PÚBLICO.

## EL AMIGO DE LAS MUJERES

**Traducción y arreglo del Sr. Graells, estrenada en el teatro de la Comedia el 7 del actual.**

*El amigo de las mujeres*, ni es amigo de ellas, ni es comedia, ni es nada. Es un atajo de tonterías. En la obra se abusa de todo, y del charlatanismo con exceso. No hay interés ni enredos.

En *El amigo de las mujeres* se aprovecha la ocasión para presentar á unas cuantas mujeres vulgares, que entran y salen del escenario sin motivo ni razón, y á un moralizador de tres al cuarto, que habla por los codos cuando es del caso besar. *El amigo de las mujeres* resulta un enemigo, porque... porque los que de veras son amigos de las mujeres lo demuestran queriéndolas mucho, no echándolas sermones de una moral reñida con todo lo humano.

*El amigo de las mujeres* no llena ningún vacío.

Los actores, bien.

UN ACOMODADOR.







## SECCIÓN LIBRE

### LO INFINITO

La palabra infinito encierra ella misma en su origen y en lo que quiere consignar, una condición indeterminada, ó más propiamente una idea derivada en la condición del conocimiento real.

Por la comunicación que tenemos con el mundo exterior, por las percepciones y sensaciones que inducen al conocimiento de este mismo mundo corpóreo, corroborando á la deducción y coordinación de las ideas que constituyen el conocimiento en sí de las cosas, nos muestra por las cualidades que en ellas poseen las cosas mismas, el conocimiento de lo finito, en cuanto vemos ó percibimos en nuestras sensaciones é impresiones que todo tiene límites, que todo concierne y es en la cosa existente, que todas las que conocemos son determinadas como finitas; pero debe con ello entenderse de todo lo conocido, ya que, por lo tanto, los antiguos, viendo una inmensidad de agua que se desparramaba y se perdía en el horizonte, no conociendo sus cualidades, consideraban al Océano infinito, porque sus límites no les eran conocidos, y que más tarde, en la investigación patrocinada por el progreso, se llevaron á mayor altura las investigaciones, encontrando una falsedad en donde había una verdad contraria á la impuesta por la insuficiencia de los medios de que disponían para investigar.

Pero ¿tenemos la seguridad completa y determinada en medio de ese delirio de la inmensidad, de que ello es infinito, es decir, sin límites? Todos nuestros conocimientos nos inducen á lo contrario; quiero decir, que todo el conocimiento en coordinación y por las sensaciones que nosotros poseemos en nuestra sola relación con las cosas, encontramos que todas las que conocemos son finitas y todas las que desconocemos no podemos decirlo, ya que no poseemos las condiciones especiales ó generales que lo caracterizan, y por consiguiente, por la observación no podemos deducirlo, ya que, aunque veamos que las cosas naturales siguen una misma ley en sus múltiples manifestaciones, intereses mezquinos vendrían á perturbarlo, cuando la verdad no está patentemente demostrada, como ha sucedido en variadas épocas del desenvolvimiento de la ciencia humana.

Dejando aparte la observación que nos induce al conocimiento de lo finito, la razón nos ofrece análogas circunstancias y determinabilidades. Así, en la relación del ser y no ser, ¿no se induce que sin la noción de existencia incluida en el ser en sí mismo, comprueba y da origen á su contrario, el no ser? Pero en su relación por la condición de ser el no ser puesto por el ser, se deriva que el primero no existe—no ser—, pues no se tendría su conocimiento ó se vislumbriaría éste si no fuera el ser, siendo por ello el no ser una modalidad en reciprocidad, y por consiguiente, ideal por el conocimiento anterior deducido por el mismo ser, por ser existente en sí.

Así, pues, en las mismas condiciones que el ser y no ser se hallan el infinito y lo finito; lo primero es puesto por el conocimiento de la existencia del segundo, dando origen por reciprocidad y por la imposibilidad en ambos en sus determinaciones á la existencia real de lo finito y en contraposición á éste, lo infinito en condición en ello manifestamente ideal ó negativa, siendo ideal ó negativa, porque para que ella sea, es indispensable que exista anteriormente para deducirlo y determinar lo finito, por lo que por ello vemos también que por la razón no existe ni puede existir lo infinito.

J. VIDAL LLOPART.





# TRIBUNA DEL OBRERO

## ENTRE JARAS Y BREZOS

### REVELACIÓN

#### I

En un apartado rincón de España y en el nacimiento del río T., está situado el pueblo de M., formado de labriegos honrados, que son felices y dichosos en medio de su ignorancia.

El soplo de la civilización no ha llegado hasta ellos, y desconocen por completo las luchas sociales que agitan al mundo á fines de este nuestro siglo XIX.

Todavía, en el período en que comienza nuestra narración, cultivan la tierra con la azada, y á fuerza de brazos y una que otra yunta de mulas y bueyes; pero son las menos: desconocen las útiles máquinas de arar que abren cuatro y cinco surcos á la vez.

A eso del crepúsculo vespertino, y por un ancho camino que se abre al Oeste del pueblo, vense caminar hacia la población á algunas mujeres de complexión robusta y el rostro curtido por el sol, montadas en asnos de no muy lujosos aparejos, á cuyo lado y á pie van labriegos con sus sombreros de alas anchas, canturreando coplas andaluzas.

Para aquellos seres no existe más que el hogar, la familia y sus propiedades en el campo, el cual lo cultivan con extremada solicitud, á fin de que los árboles den buena y sabrosa fruta, y las simientes de patatas, habas y garbanzos que siembran sean remuneradas por el tiempo de la recolección, yendo á llenar sus hogares para servirles de alimento durante el invierno.

Las cosas del gobierno y de la política son desconocidas por completo en el pueblo. Los periódicos políticos no llegan hasta él, y nadie se entera de lo que en el mundo pasa. ¿Y para qué quieren ellos, humildes labradores, saber nada? ¿Qué les importa que este ó el otro mande ó deje de mandar? Bátales saber cultivar la tierra y el modo de injertar los árboles para que no les haga falta nada para su subsistencia, su felicidad y dicha.

El dinero circula muy poco y no les hace falta, porque si no lo hay, en cambio hay trigo en abundancia, olivares que dan aceites, encinares que alimentan á cerdos y una extensa dehesa del pueblo, donde pasta libremente y sin contribución ninguna el ganado de todos los vecinos.

El tío Domingo, por muy poco dinero mensual, es el encargado de guardar el ganado de los dichosos vecinos del pueblo de M.

Por las mañanas, apenas el astro día dejaba ver sus dorados rayos, salía de su casa, cubierto el cuerpo con un larga zamarra de carnero que le llegaba hasta las corvas, su ancho sombrero de palma por él mismo tejido, armado de un largo látigo de cuero de caballo y acompañado por una de sus hijas, mozueta de dieciséis abriles, robusta y ágil como el más apuesto mozo del pueblo.

Apenas salían de su casa padre é hija, el tío Domingo comenzaba á tocar una gran bocina que producía un ronco y ensordecedor ruido, lo que anunciaba á los vecinos que era la hora de echar el ganado á la calle, confiándolo durante todo el día á su guarda y cuidado.

En todo el pueblo no existía más que un estanco y una que otra tienda de géneros y comestibles no muy bien servidas.

Casinos y tabernas no existían, porque aquél era un pueblo laborioso y trabaja-



dor, donde la fiesta del domingo, día de descanso en los pueblos cultos, no era conocida.

El domingo allí era un día como otro cualquiera de la semana y en el que más se trabajaba, pues los pocos artistas del pueblo lo dedicaban á sembrar por ellos mismos las simientes de su propiedad.

La embriaguez, el vicio y el juego, que corrompe y degrada á las grandes poblaciones, estaban extinguidos por completo, no existían. Porque los jóvenes del pueblo no tenían más gozo ni más diversiones que, después de haber llegado del campo donde trabajaban, juntarse en la plaza pública, proyectando y llevando á cabo una rondalla por todas las calles, donde se divertían reunidos con las jóvenes, bailando y participando á veces de aquellas expansiones de la juventud que ama, hasta las mujeres casadas.

Sigamos á un grupo de jóvenes que en noche de estío vayan cantando canciones al compás de una guitarra.

Después de haber andado varias calles, detiéndense en una esquina y pregunta uno de ellos al grupo:

—¿A quién le cantamos ahora?

—Pues ahora voy á cantarle yo—responde uno de ellos—á la bella hija del señor Felipe.

—Ya sabemos que andas por Elisa—dice un tercero.

—Así es, amigos—y agregó:—Ella parece que no le desagrado; y cuando paso por su calle y está cosiendo á la puerta, levanta sus hermosos ojos de la costura, fijándolos en mí de una manera insistente que me hace estremecer. Ella, sin duda, nota esto y se sonríe de una manera picaresca.

—Pues vamos allá—dice uno.

—Vamos—responden todos.

Y aquel grupo se pone en movimiento, llegando hasta el portal de una casa de muy regular fachada y apariencia, donde hacen alto. El que lleva la guitarra comienza á rasguear sus cuerdas, y Pedro, que este era el nombre del enamorado, deja oír una canción amorosa que se pierde en las ondulaciones del aire.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)

## GRATO ENSUEÑO

A ambos lados se extendían dos hermosas colinas; al frente un valle frondoso, poblado de avejillas y de flores. A lo lejos erguíase gigantesca montaña; sobre su cúspide una antigua fortaleza, con sus torres y sus almenas. El paraje era en extremo bello, y me quedé absorto contemplándolo. De mi contemplación me sacó un toque de corneta, y voceríos, y gritos y carreras; volví la cara y divisé un grupo, formado por hombres, mujeres y niños, que empuñaban banderas y trofeos de guerra. ¿Qué quería aquella gente? A punto de preguntarlo estuve, cuando vi que venía hacia mí un hombre despavorido, jadeante, lleno de polvo: «Favorecedme—dijo—; libradme de esa turba, de esa canalla roja que me persigue.» Le miré; su rostro era repulsivo, su traje denunciaba al tirano; pero pudo más en mí la compasión que el odio, y lo interné en el monte. Llegamos á la mitad de la montaña; á lo alto estaba la fortaleza: al pie, la muchedumbre rugía. Nosotros descansábamos. De pronto subió del valle esta voz: «Compañeros: ha llegado el día de la justicia; las cadenas se han roto, nos hemos emancipado de la esclavitud económica, como otros se emanciparon de la política. Pero mirad; en la cumbre se levanta aún el castillo maldito, símbolo de todos los horrores y de todas las injusticias. Allí debe haberse guarecido ese malvado Portas, el martirizador de nuestros compañeros...» Y no oí más. Instintivamente, sin saber qué hacía, empujé al que antes había salvado la vida, quien rodó, rodó por la pendiente, hasta caer destrozado á los pies de sus perseguidores.

JOSÉ SIMÓN.

La Línea.